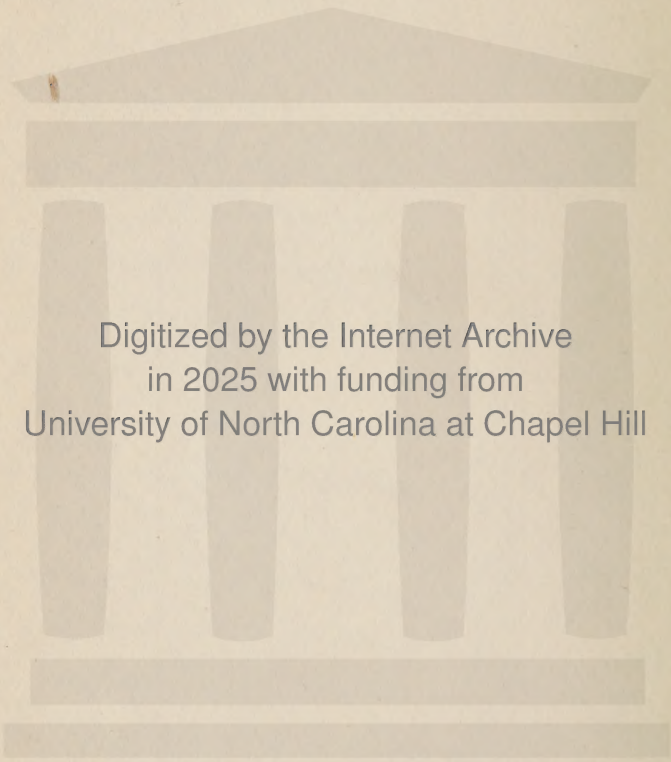
The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
I119c

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/comodecamosayerv00ibez

"Como Decíamos Ayer"...

A. IBÁÑEZ CABRERA

"Como Decíamos Ayer"...

VERSOS

1929

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Ferrari Hnos. - Bmé. Mitre 2734-48

MI ACORAZADO

Soy marino del "Moreno".
Mi entusiasmo, mi alegría,
Son trabajar noche y día
En conservar su poder.
A los acordes de diana
Dejo mi coy, presuroso,
Y voy contento y dichoso
A cumplir con mi deber.

Bizarro, fuerte y gentil,
Es mi lindo acorazado,
Y en su popa lleva izado
De mi patria el pabellón.
Rey de los mares nacido,
En él mi orgullo se afianza,
Es su poder mi esperanza,
Es su gloria mi ambición.

3895-67

(1) ARA mi nave querida,
Que, con tu fuerte armamento,
Acrecientas mi contento,
Mi cariño, mi pasión.
Son tu torres mi desvelo;
Mi pensamiento constante
Tener bruñido y brillante
Mi idolatrado cañón.

El cañón de mis amores,
De mi patria centinela,
Que atisba, vigila y vela,
Por el culto de su honor.
Cuyo celoso engranaje,
Donde se esmera mi celo,
Defiende altivo su suelo
Y acoraza mi valor.

¡Ser marino del "Moreno"
Cuando la extranjera zaña
Le obligara una campaña
Por el anchuroso mar;
Y al pie de la lista pieza
Esperar al enemigo
Y darle justo castigo
Y su audacia doblegar!

---

(1) Armada República Argentina.

O ser perspicaz vigía,
Que, con diligente empeño,
No desfallece ante el sueño
Cuando sale a navegar.
Cuando la prora atrevida
Corta las aguas, airosa,
Y va mostrando, orgullosa,
Su pujanza al avanzar.

Cuando tocan zafarrancho
Delira mi fantasía
Y corro a mi batería
Con entrañable fervor.
La mira en el alza puesta,
Preparada la granada,
Y, de pronto, la esperada
Voz de: ¡fuego por babor!

¡Oh!, nave de mis ensueños,
Mi tesoro preferido,
Donde romántico nido
De mis ternuras formé.
Con júbilo grande jura
Mi decisión defenderte,
Jura luchar de tal suerte
Que, cual Nelson, moriré.

¡Soy marino del "Moreno";
Mi entusiasmo, mi porfía,
Son trabajar noche y día
En conservar su poder.
Y cuando llegue el momento
De valorar su pujanza
Tengo una sola esperanza:
Con él morir o vencer!

DECLINANDO...

¡Pobre niña! Ya tu rostro,
Que lucieras vanidosa,
Los colores de la rosa
En poco tiempo perdió.
Y la graciosa sonrisa
Que en tu boca se abrigara
Para siempre se alejara
Cuando el dolor la robó.

¡Pobre niña! Yo contemplo
La tristeza que marchita
Esa ternura infinita
Que mostraras por doquier.
Y, angustiado, rememoro
Tus sueños angelicales
Cuando cumpliste triunfales
Tus quince abriles, mujer.

Cuando en las noches de estío
Tu inocencia alimentaba
Mil ensueños que anidaba
Tu virginal corazón.
Ignorando que la vida
Hondas penas escondía,
Y que ardiente fantasía
Fascinaba tu razón.

Quizás en noches de luna,
Junto al pie de tu ventana,
Tierna cadencia galana
De una canción se elevó.
Y, en éxtasis inefable,
Tú la canción escuchaste
Y en tu mente conservaste
Los versos que te brindó.

Con no menor diligencia
Yo también los he guardado,
Celoso de ese pasado
Que no se repetirá.
Son simples versos aquellos
De tiempos que ya se fueron,
Tonteras que se escribieron,
Que ya nadie escribirá.

Que ya la rima es exceso,
Y la cadencia nonada,
El ensueño una bobada
Y cursi la inspiración.
Sin embargo, me rebelo,
Con riesgo de ser burlado,
Y transcribo el delicado
Conjunto de esa canción:

Con tus ojos soñadores
Y tu graciosa silueta,
Cuya armonía completa
Tu cintura escultural;
Quien te mira ya te quiere,
Quien te conoce te adora,
Porque tu ser atesora
Raro encanto terrenal.

Nadie faltas te reprocha
Ni de tu vivir murmura,
Modesta, sencilla, pura,
Infundes adoración.
Tus amigas te perdonan
Por tu bondad, tu belleza,
Y ponderan tu nobleza
Y tu santa devoción.

De noche, cuando, en reposo,
El mundo sus ruidos cesa
Y, tierna, la luna besa
Con su blanca luz al mar.
A tus ventanas, ansioso,
Con creciente anhelo miro
Y, al no verte, hondo suspiro
Siento del pecho brotar.

Sin ti la vida es la nada,
Sin ti la vida es la muerte,
Y por eso, por quererte,
Contento mi vida doy.
Una frase de tus labios,
Una promesa tuviera,
Y el más dichoso creyera
Que de los mortales soy.

Tienen tus ojos, sultana,
Resplandor y fuego tales
Que buscando otros iguales
No se lograran hallar.
Y yo tus ojos admiro,
Tierna sultana adorada,
Porque encontrar tu mirada
Es ardiente delirar.

Tal la canción que escuchaste
En mágico arrobamiento
Suspendido el pensamiento
Por tremulante emoción.
Después... las noches pasaron
En silencio pavoroso,
En tu presente angustioso
Esfumóse tu ilusión.

¡Pobre niña! Hoy tus ojos,
En hondos surcos hundidos,
Se muestran adormecidos,
Ya sin brillo, sin color.
Las azuladas ojeras
Revelan tu sufrimiento,
Y de la fiebre el tormento
Te consume, abrasador.

De las carnes que te dieran
Tan magnífica presencia,
Notas, llorosa, la ausencia
Cada tarde progresar.
Y tus manos marfilinas
Que contemplas azorada,
Te hacen ¡ay! desventurada,
Llanto ardiente derramar.

En tu dolencia incurable
Fracasa la madre ciencia,
Lo sabes por experiencia
Cual sabes tu mal fatal.
Es la cruel tuberculosis
Que tu belleza aniquila,
Que ensombrece tu pupila,
Que te persigue espectral.

Y en el espejo inclemente
Tu triste imagen mirando
Comprendes ¡ay! sollozando
Que la muerte cerca está.
Y que del mundo, que ignoras
En tu pureza adorable,
Esa noche inexorable
Acaso te llevará.

Y ese misterio infinito,
Que al filósofo quebranta,
Ante mi mente levanta
Su velo torturador.
¿Dónde te alejas, querube,
Con esa tu alma exquisita?
¿Qué ignota mansión bendita
Te brindará su calor?

Y, después, ¿dónde prosigues
Tu meditar majestuoso?
¿En qué santuario dichoso
Pudo tu mente alojar?
En la tierra, hecho despojos,
Vimos tu cuerpo quedarse,
Mas tu alma, al alejarse,
¿Pudo, alguno, contemplar?

Esa ternura adorable
Que todo en ti revelaba;
La dulzura que irradiaba
Tu mirada angelical.
¿A qué regiones huyeron?
¿Dónde se reconcentraron?
¿Por qué nos abandonaron
En un dolor tan brutal?

¿No es intangible el alma?
¿No lo es el pensamiento?
¿El amor y el sentimiento
No son, acaso, también?
Y una soñada quimera
¿No es, quizá realizable?
¿Qué tiene, pues, de notable
Que haya otro mundo, otro Edén?

Tal obsesión torturante
En el cerebro se fija,
Con insistencia prolija
Da mil giros, sin cesar.
Y nos turba ese misterio
No resuelto, indefinible,
Cuando la muerte intangible
Quiere su espectro mostrar.

¡Pobre niña! En el espejo
Tu triste imagen mirando,
Comprendes, ¡ay!, sollozando,
Que la muerte cerca está.
Y que, del mundo que ignoras
En tu pureza adorable,
Esa noche, inexorable,
Acaso te llevará.

BRINDIS

Compañeros, las copas desbordantes
Nos ofrecen sus perlas burbujeantes,
El champaña bebamos sin temor.
Y escanciando ese néctar presurosos
Revelen nuestros rostros jubilosos
Que no somos adeptos del dolor.

Nuestra vida bohemia de estudiante
Evoca su recuerdo fascinante
Al vernos con diplomas de doctor.
Ahora, ya de médicos graduados.
Unamos nuestros votos impregnados
De tesonero, juvenil ardor.

Dejemos un momento la morfina.
Olvidemos las gotas de atropina
Con que mienten los ojos de mujer.
Unidos en jovial compañerismo
Quebranten nuestros labios su mutismo
Y brindemos fervientes al placer.

Recordemos pasadas alegrías,
Las horas bulliciosas de esos días
Vividos en el tétrico hospital.
Los comunes anhelos cimentados
Sobre músculos tersos disecados
Al compás de algún tango de arrabal.

Evoquemos visiones placenteras,
Aquellas adorables compañeras
Que vimos nuestras vidas compartir.
Brindemos por las gárrulas manolas
Que entonaran tan tiernas barcarolas
Sus gracias y donaires al lucir.

Siluetas deliciosas de mujeres
Desfilen con sus sedas y alfileres
Al galano recuerdo evocador.
Y gusten nuestras bocas deleitadas
Aquellas las caricias rebuscadas
Que donaran mil labios sin pudor.

Y vueltos al pasado peregrino
En el vasto anfiteatro del Casino
Veremos nuestras mentes florecer.
Florecer en mil noches deliciosas,
Aunadas nuestras almas rumorosas
En horas delirantes del placer.

Veremos las graciosas bailarinas
Detenerse en sus danzas serpentinas
Y nuestros grupos ávidos mirar.
Más tarde, al invadir sus camarines,
Alabando sus falsos colorines,
Sus mágicos encantos conquistar.

Virtuosos sacerdotes de la ciencia
Nos han dicho cuán dura la experiencia
Del que anhela la dicha disfrutar.
Cuántos tropiezos en la larga ruta,
Cuántos desmayos en la lucha bruta
¡Para llegar al fin y no lograr!

Compañeros, la copa desbordante
Ofrece su champaña burbujeante
Do nutre sus quimeras la ilusión.
Apuremos de un sorbo el contenido,
Y, luego, con impulso decidido,
Busquemos mil lugares de expansión.

Del tango las "quebradas" ondulantes
Dancemos con mujeres palpitantes
Que nos confiesen trémulas su amor.
Y muestren nuestras piernas enarcadas
Las lascivas posturas rebuscadas
En el lánguido acorde tentador.

No queremos seráficos ensueños
Que nos mientan, románticos, risueños,
La amarga realidad de su dolor.
Queremos penetrar en las verdades
Sondando las oscuras orfandades
Con nuevo, intenso, infatigable ardor.

Enérgicos soldados de la vida
El pensamiento nuestro no trepida,
Queremos vivir la vida al vivir.
Las estrellas que brillen en el cielo,
Nosotros no imploramos su consuelo,
Bien podemos sin ellas existir.

Somos jóvenes, fuertes, animosos,
Por nuestros cuerpos corren ardorosos
Pletóricos efluvios del vigor.
Nuestras mentes desprecian las quimeras
Nuestras vidas florecen placenteras,
Nuestros ojos rebosan resplandor.

Compañeros, la sidra vaporosa
Nos ofrece caricia voluptuosa
Como grato preludio del placer.
Bebamos sus vapores, presurosos,
Que muestren nuestros rostros jubilosos
La vida que palpita en nuestro ser.

Y después... y después el mundo es grande,
Nuestros cerebros la ambición expande,
Tendremos muchos lauros que ganar.
Pero, ahora, gocemos el momento,
Aturdamos a nuestro pensamiento.
No queremos sufrir ni meditar.

II

Yo no sé si mi mente se extravía,
Y copio sin saberlo Castellanos,
Zorrilla, Espronceda, soberanos
Maestros en rima e inspiración.
Tántas veces sus versos deleitaron
Esas horas tranquilas de mi infancia,
Que merezco, por esa circunstancia,
Si algo les robo, un poco de perdón.

Qué grato es vivir cuando el cerebro
Tan sólo mil venturas rememora;
Cuando ninguna pena gemidora
Nos llevó un pedazo de ilusión.
Cuando todo parece ser sincero
Y libamos mil goces inocentes
Sin que sombras empañen nuestras fuentes
Ni el tedio nos taladre el corazón.

Qué triste es vivir cuando la vida
Tan sólo mil dolores atesora,
Cuando encierra la mente bullidora
Congojas crueles que nunca se irán.
Cuando ansioso el espíritu pretende
Relegar al pasado doloroso
El recuerdo fatídico, angustioso,
Que perenne los ojos llorarán.

Vemos, ahora, deslumbrante sala
Do trafican amor y sentimiento;
Su delicia, su paz, su arrobamiento,
Todas mentiras de ilusión fugaz.
Perfumes penetrantes adormecen,
Un lujo exuberante nos deslumbra,
Nuestro cuerpo muy pronto se acostumbra
A esos deleites del amor falaz.

Se acerca una mujer. ¡Pobre ramera!
Muestra su rostro inconfundible estigma,
¿Desde cuándo vive así? Cruel enigma.
Es del mundo la mísera visión.
Su historia muchas veces me contara
Al confiarme su pena, plañidera.
¡Cuántas veces su angustia compartiera
Penetrado de intensa compasión!

El cuento eterno del amor burlado.
Un segundo de encanto peregrino.
Después... el hondo cieno del camino
Donde el alma se siente desgarrar.
Mintiendo mil venturas el semblante,
Falso fulgor de dicha en la mirada
Y, más tarde, en su cuarto, ya olvidada,
En tremendos sollozos estallar.

Miradla desvariante, jubilosa,
Mostrar la loca risa de su boca.
Parece que la dicha la sofoca,
Que desborda radiante el corazón.
¡Infeliz! He visto que un pensamiento
Apagó repentino su sonrisa.
He visto cuán amarga era su risa,
¡Qué máscara terrible su ficción!

Otro despojo del vivir sombrío.
Empañó la pureza de su frente
El mal que no perdona al inocente.
Su cuerpo vive sin saber por qué.
Nutrió su infancia cándidos ensueños.
Soñó su pubertad castos amores.
Y, de pronto, ya mujer, mil dolores
Robaron su virtud, su amor, su fe.

Miradla con su mano febriciente
Acariciar el vaso desbordante.
O muerto el pensamiento, o desvariante,
Corto placer acaso gozará.
Contemplará un mundo delicioso,
Donde sin rival vive la ventura,
Donde el pecho sediento de ternura
Ensueños placenteros soñará.

Ya la ramera en el diván dormida
Delira con encantos codiciados
Y resbala en sus labios apretados
La mágica sonrisa del placer.
Respetando su sueño peregrino
Nos iremos sin ruido, mansamente,
Al despertar no quiero de su mente
El sufrimiento enorme sorprender.

¡Qué dulzura inefable experimenta
El alma que delira caprichosa,
Que nutre la quimera artificiosa
Olvidando la cruda realidad!
Bello en su redor todo se presenta.
Límpido, arriba, el azulado cielo.
Luego, despertando, rómpese el velo
Y se muestra de nuevo en su orfandad.

Salimos. En las calles ya desiertas
Miramos parpadeando los fanales.
Iremos a los viejos arrabales
Donde reinan misterio y soledad.
Donde el tango inició sus cantilenas
Surgiendo de algún tétrico organito,
Mientras mostraba un "taita" compadrito
En los "cortes" su rara habilidad.

San Juan. Boedo. Chiclana. Puente Alsina.
Cuántos dramas callaron tus vecinos
Que vieron irrumpir los intestinos
De más de un "guapo" al golpe del puñal.
Cuántas veces, en noches invernales,
Dejamos nuestras guardias y ateridos
Fuimos a levantar esos heridos
En las ambulancias del hospital.

Visitando esos barrios evoquemos
Las sombras que aun encubren su pasado;
El progreso ya los ha transformado,
Queda, sin embargo, tanto que hacer.
Nos indican ellos el derrotero.
Nos muestran muchos males reparables,
Y seremos nosotros responsables
Si rehusamos tan noble deber.

La miseria que encierra el conventillo
En cuyos patios vaga la clorosis,
La taberna que engendra la neurosis
Que luego se revela en el puñal.
La tisis, a quien mira quejumbrosa
Nuestra ciencia, en acecho permanente,
Ese cáncer que nos burla e inclemente
Mata siempre, fatídico, espectral.

Tantas lacras imploran nuestra ayuda,
Vegeta en esta vida tanta pena,
Que se atribula el alma más serena
Al verlas por doquiera resurgir.
Hoy nos queda una noche todavía,
Ya mañana la lucha emprenderemos,
Nuestras vidas en ella dejaremos
O veremos nuestra gloria esculpir.

III

Compañeros, la lucha por la vida
Aniquila al carácter que trepida.
¡Que no nos falte nunca corazón!
Es larga la jornada, larga y dura,
Mostremos nuestras frentes con altura
Y emprendamos la lucha con tesón.

"AZUCENA"

De la prima y la bordona
Elévanse confundidos
Los armónicos sonidos
Cuyo surgir impresiona.
Y, mientras que se abandona
A ese preludio el cantor,
Se va sintiendo mejor
El susurro comprimido
De la gente, que, sin ruido,
Quiere escucharlo mejor.

Y comienza blandamente
El verso sentido y breve.
Nerviosa la mano, leve,
Sobre el cordaje crujiente
Deslízase diestramente;
Irrumpen notas severas
Mostrándose compañeras
De las rimas cadenciosas
Que trasuntan primorosas
Remembranzas plañideras.

Era mi novia morena,
Canta la voz melodiosa,
Era morocha y graciosa
Y se llamaba Azucena.
Sus dientes eran cadena
De ricas perlas del mar;
Y su paso, al caminar,
Era tan suave y alado
Que no dejaba grabado
Su pie la arena al tocar.

De sus ojos el tamaño
Al del lucero igualaba;
En su rostro se mostraba
La belleza, sin engaño.
Y cierto fulgor extraño
Su mirada desprendía,
Que, al mirarlo, embebecía
A la vez que enagenaba,
Y cuando más se miraba
Más radiante parecía.

De mil caricias formado
Era su mágico acento.
En hondo recogimiento
Se le escuchaba extasiado,
Solícito, subyugado,

Aquella voz armoniosa
Que, en dulzura misteriosa,
Cierto candor esfumaba,
Y una mujer revelaba
Tan virginal como hermosa.

Tiene la calandria trinos
Que al alma humana doblegan,
Y en grato ensueño la anegan
Y en éxtasis peregrinos,
Cuando se escuchan, divinos,
En las pampas dilatadas,
Donde viven, olvidadas
De mundanas vanidades,
Magníficas heredades
De mil encantos ornadas.

Tiene silbos el jilguero
En las mañanas de estío
Cuando en su libre albedrío
Alza su vuelo ligero,
Que escucharle placentero
Es gratísima primicia,
Reconfortante delicia,
Inapreciable consuelo,
Para el triste que, en su duelo,
Busca amorosa caricia.

Igual cantaba Azucena
Mientras surgía esplendente
En el despejado Oriente
La luna. Su cantilena
Derramaba en la serena
Extensión, ya adormilada,
Una música cuajada
De infinita melodía,
Impregnando el alma mía
De ternura apasionada.

De una tarde en la agonía,
Tarde en la que pude hablarla,
Juréle que el adorarla
Era mi única alegría.
Y, mientras languidecía
Escuchándome gozosa,
Con mi mano codiciosa
Circundaba su cintura,
Buscando mi boca impura
Sus dulces labios de rosa.

Fué un segundo, su dulzura
Consérvala el alma mía
Cual conserva la ambrosía
De sus plantas la espesura.
Fué un segundo de ventura,

De inesperado placer,
De grato languidecer,
En la vespertina hora
En que al poniente colora
El sol al desparecer.

Su cabeza entre mis manos
Mis ojos fijé en sus ojos,
Tiñendo castos sonrojos
A sus pómulos galanos.
Y varios esfuerzos vanos
De su instinto pudoroso
Venció mi afán codicioso;
Y con desvarío ardiente
Resbalé sobre su frente
Sediento beso amoroso.

Hondo suspiro brotó
De su pecho palpitante.
Su cabeza vacilante
Blandamente reclinó.
Y, acongojada, sintió
El tumultuoso latido
De mi corazón, henchido
De voluptuosa quimera,
Al sentirla prisionera
En mi abrazo enardecido.

Y parece que aun notara,
De aquel aliento adorado,
El hálito perfumado
Que su boca derramara
Cuando en mi sien la posara,
Ante mi ruego insistente
De sentir sobre mi frente
Sus lindos labios de fresa,
Más gratos que su promesa
De quererme eternamente.

¡Melancólica semblanza
De goces desvanecidos,
Entre el montón confundidos
De sueños sin esperanza!
Sólo dejan la bonanza
De su caricia inefable,
Cual señuelo imponderable,
De intensísima dulzura,
Que aliviará la amargura
Del ocaso inevitable.

Tarde a tarde nos confiamos
Sensaciones exquisitas
Y expansiones infinitas
Gratamente disfrutamos.
Solos siempre, caminamos

Esa pampa dilatada,
En esa ocasión callada
En que el crepúsculo avanza
Y surge la luna y lanza
Su blanca luz argentada.

Horas benditas aquellas
De candor e ingenuidad
En que santa castidad
Llenaba nuestras querellas.
Se fueron, y sólo de ellas
Nos queda el perdído encanto.
La dura vida, entretanto,
Con su lucha cotidiana,
Lleva la mente al mañana
Y al pasado tiende un manto.

Ella, a veces, me miraba
Con insólita fijeza.
Inclinando su cabeza
Hondamente suspiraba.
Una lágrima rodaba
Por su rostro entristecido.
Y, sofocando un gemido,
Sus temores me decía
De que perdiera algún día
Mi cariño bendecido.

Mil veces la helada muerte
A tus desdenes prefiero.
Ya sabes que yo me muero
Si te arrebata la suerte.
Es mi cariño tan fuerte,
Tan intensa mi pasión,
Que fuera vana ilusión
Pensar que yo soportara
Que el destino te alejara
Sin tenerme compasión.

Y, temerosa, presiento
Negra congoja en mi vida.
A mi mente desvalida
Amargo presentimiento
Aflige en todo momento.
Esa tenaz obsesión
Ha tomado posesión
De mis nervios. Su porfía,
Aumentando noche y día
Ensombrece mi pasión.

Entonces, para calmarla,
Le juraba a mi Azucena,
Que mi alma estaba tan llena
De deseos de adorarla
Que era mi sueño llevarla

Sola conmigo, muy lejos,
Donde adorables reflejos
De mi amor le mostraría,
Y donde sucumbiría
Entre sus brazos perplejos.

¿Cómo pude abandonarla
Sin piedad de su dolor?
¿Cómo pude en su candor
De tal manera burlarla?
Es cosa que al recordarla
Se estremece el corazón,
Y terrible desazón
A mis sentidos maltrata.
¡Cuántas veces uno mata
Sin justicia y sin razón!

¡Tarde tétrica que fueras
Sepulcro de mis venturas,
Cuántas tristes amarguras
A mi vida concedieras!
¡Quién pensara que tuvieras
En tus horas tal veneno;
Quién pensara que en tu seno
Tal destino se albergara;
Quién creyera deparara
Tu belleza tanto cieno!

Fué una tarde, tarde hermosa,
De esas que la Pampa ofrece,
Y cuyo encanto parece
Mostrar Natura orgullosa.
Cuando con voz quejumbrosa
Le confié a mi adorada
La noticia inesperada
De mi próxima partida.
Tenía que cambiar de vida.
Era cosa consumada.

Después... los meses pasaron.
Los dolores de la ausencia
Consumiendo su existencia
Al cielo se la llevaron.
Llanto amargo derramaron
Mis ojos, en cierto día
Cuando ante la tumba fría
En que Azucena reposa,
Sobre la fúnebre losa
Grabé así mi idolatría.

Pudo la suerte alejarme
De tu lado, alma querida,
Y la lucha por la vida
A tus brazos arrancarme.
Pero tu imagen quitarme

Y calmarse mi aflicción
Fuera vana tentación.
Muerta en la tumba dormitas
En mi mente viva habitas
En perenne adoración.

Gime y llora la bordona
En su vibrar incesante,
Y en el rostro del cantante
Se ve un dolor que impresiona.
Llora y gime la bordona
En delirante vibrar,
Mientras el rostro inclinar
Se ve al cantor dolorido,
Y con gesto entristecido
Su guitarra abandonar.

CLAUDICANDO

Pisando los dinteles de mi invierno,
Ya las canas asoman en mi sien.
Tienen mis ojos un mirar incierto.
Muchas cosas claudican en mi ser.

Todo lo miro con afán mezquino,
Pensando cuantos bienes lograré.
Y ya al culto de lo noble esquivó
Sólo quiero ver oro por doquier.

Ensueños y románticas quimeras
Quedaron olvidados en montón.
Mi mente ya madura sólo anhela
Los goces positivos del foxtrot.

Pasan los meses sin rimar un verso.
Los años pasan sin ningún ideal.
Glotón y sensual duermo y digiero
Sin acordarme que exista algo más.

A veces una niña se me cruza
En mi camino usual de la ciudad.
Recuerdos de niño tal vez azuzan
Mi alma, por un instante nada más.

La vida, la dura vida, me vuelve
A tornar hosco, grosero, brutal.
Erguido el torso, con mirar aleve,
Sigo el camino recto, sin 'ziszás.

Ni me importa del pobre la odisea,
Ni del enfermo el hálito mortal.
Soy un ostra, ciego, sordo, sin ideas,
Un fósil lleno de oro y fatuidad.

ENSUEÑO

Soñaba enternecido en tu belleza
Y, ansioso, te llamé.
Al ver que te acercabas, con presteza
Tus manos aferré.

¿Es cierto que me quieres?—te imploraba.
¿Que será mío tu amor?
Y con ansias tus manos apretaba
Con delirante ardor.

Entonces, conmovida y recelosa,
Teñiste de rubor
Ese rostro de virgen pudorosa
Tan bello en su color.

Te querré largo tiempo — contestaste —
Con loco frenesí.
Y púdicos los ojos entornaste
Al exclamar así.

Y no toda tu vida, porque en ello
Un imposible habrá.
A nuestro idilio, puro, eterno y bello,
La muerte se opondrá.

Mucho tiempo duró nuestra ventura,
Nuestro encanto de amor.
Y libé en ese tiempo la dulzura
De un goce encantador.

Mas, de pronto, de mí te desasiste,
La sombra te envolvió.
Y una congoja, inenarrable y triste,
Mi sueño disipó.

En vano con mil gritos te llamaba,
En vano supliqué.
Sólo ví que una vieja se acercaba;
Con miedo la miré.

Soy la madre de las penas — decía —
La que engendra el dolor.
Y, en tanto que me hablaba, me tendía
Su mano sin calor.

Desde entonces prosigo silencioso,
Absorto, espectral.
El calvario del mundo doloroso
Con vida maquinal.

Causa burlas mi rostro demacrado,
Mi aspecto funeral.
No saben mis dolores del pasado,
La muerte de mi ideal.

AMELIA

Trasunta ella la imagen seductora
De majestuosa sílfide galana,
Comparable en su gracia soberana
A esa Venus que el arte rememora.

Y cuando su rostro el rubor colora,
Cual símil adorable de la grana,
Semeja delicada filigrana
Que raras maravillas atesora.

Y hay en sus ojos divinos resplandores
Y en su boca promesas deliciosas,
Y en su voz gorjeos arrobadores.
Y, cual en sus fragancias primorosas
Derrama flor preciada sus valores,
Sus ideas son sus joyas más preciosas.

EN EL MAR

El puerto quedó lejos. Apacible
La verdosa extensión del mar se nota.
Los rostros acaricia bonancible
La brisa, que aprovecha la derrota.

Todo calla a bordo. Algo intangible
Que subyuga a las almas se denota.
Al mirar ese mar indefinible,
Excelso culto en cada pecho brota.

Rendida la vanidad, doblegada,
A tanta majestad omnipotente
Esconde el necio su soberbia nada.
En el puente de mando, displicente,
El piloto corrige una guiñada
Y su buque obedece mansamente.

EL VALS

Al compás de aquel vals alucinante
Describimos mil giros complicados,
Tus ojos en mis ojos penetrados
Con un mirar porfiado, terebrante.

Y noté que tu pecho palpitante
Confesaba motivos sofocados,
Y que tus rojos labios apretados
Sellaban su ternura desbordante.

Y ví en tu rostro sonrojos que subían,
Y en tus ojos fulgores que anunciaban
Los sueños que tus noches consumían.
Y cuando ya los músicos callaban
Y sus gratos acordes se perdían,
Nuestras bocas sedientas se juntaban.

EL CABARET

Ostenta sus fanales arabescos
En busca de miradas displicentes,
Y muestra en los motivos de los frentes
El Cabaret tipos carnavalescos.

Dialogando con gestos picarescos,
Desfilan entre luces esplendentes
Las "damas", que se agitan en hirientes
Y lánguidos espectáculos grotescos.

Y recuerda mi mente alucinada
Ante la escena que asombrado veo,
De Jesús la figura venerada.
Muriendo, generoso, en su deseo
De salvar esa carne castigada,
Que peca en el Cabaret vil y feo.

AÑORANZA

¡Ven, morena! Oye el canto
Que en alas del sentimiento
Entona mi pensamiento
Al confiarte mi quebranto.
¡Ven, morena! Que tu encanto
Rompa mi melancolía
Al verte en mi compañía.
Y que tu grata presencia
Con dulcísima cadencia
Acaricie el alma mía.

Si siendo niño te amara,
Hoy, hombre, te adoraré.
A tus plantas yo pondré
Cuanto tu goce anhelara.
A tu lado recordara
Mil cosas que ya se fueron,
Ensueños que se perdieron,
Encantos que se esfumaron;
Que al irse sólo dejaron
Las penas que los siguieron.

¡Ven, morena! Te daré
Galas de mi inspiración.
Nuevamente la afición
De las musas sentiré.
Soñador me volveré
Y, al vasto cielo mirando,
Declamaré suspirando
Aquellas tiernas quimeras,
Rimas sencillas que oyeras
De amantes labios brotando.

Versos que yo te cantara
En una alegre mañana,
Cuando tu frase galana
Por vez primera escuchara.
Y mi corazón notara
Palpitar en tu presencia,
Cual si viera en tu existencia
De mi dicha el grato anhelo,
De mis penas el consuelo,
De mis ternuras la esencia.

¡Ven, morena! Implorantes
Mis pobres versos te invocan.
Galantes, ellos evocan
Añoranzas fascinantes.
Aquellos gratos instantes

Cuando ya el sol se ponía,
Mientras que yo te ofrecía,
En mi ardiente desvarío,
Amores que el pecho mío
Por ti guardaba, alma mía.

Pobres versos que surgieron
En tibias noches de estío,
Cuando a tu lado, bien mío,
Tiernas delicias nacieron.
Cuando mis labios te dieron
Mil juramentos de amor,
Pronunciados al calor
De mi cariño ferviente,
Mientras rozaba tu frente
Mi suspiro abrasador.

De un arroyo no distante,
El murmullo nos llegaba,
Y la brisa nos donaba
Su caricia refrescante.
Un campanario vibrante
Daba al aire su tañido,
Repartiendo su sonido
Por la desierta extensión
Mientras tu casta emoción.
Miraba yo enternecido.

Muchas noches han pasado
Desde aquella noche hermosa,
Y mi vida caprichosa
Muchos amores gustado,
Pero, nunca ha disfrutado
Fragancia tan sin igual
Perfume tan divinal
Cual de tus labios de rosa,
Cuando me diste amorosa
Aquel beso angelical.

¡Ven, morena! Oye el canto
Que en alas del sentimiento
Entona mi pensamiento
Para expresar su quebranto.
¡Ven, morena! Que tu encanto
Rompa mi melancolía,
Y que la grata armonía
De tu mágica presencia,
Con dulcísima cadencia
Acaricie el alma mía.

APASIONADAMENTE...

Eres, mujer, esperanza
De gratas horas futuras.
Muchas penas y amarguras
Tu encanto disipará.
El tedio que yo sentía
Al verme en el mundo aislado,
En tierno goce cambiado
A tu lado se verá.

Cuando me miran tus ojos
Y se abre en risa tu boca,
Tu bello rostro provoca
Mi férvida adoración.
Y quisiera muchas horas
Poder así contemplarte,
Y más y más admirarte
Con creciente emulación.

Porque te quiero, zagala,
Con inefable cariño.
Y vuelvo a sentirme niño
Tu silueta al divisar.
Aunadas mil perfecciones
En tu cuerpo delicado,
Eres tesoro preciado
Que no puedo valorar.

En tu rostro se refleja
Inmaculada pureza,
En tu mirada nobleza,
En tu acento castidad.
Y tu mente sólo anida
Apasionadas quimeras,
Ilusiones placenteras
De sutil ingenuidad.

Angel que llenas mis sueños
De indefinible esperanza,
En que mi dicha se afianza
Con dulcísima emoción.
Vive perenne la vida
Sin amarguras ni penas,
Sean tus horas tan serenas
Cual inmensa es mi pasión.

Nunca el enojo te alcance,
Ni el recelo te confunda.
Y sea tu paz tan profunda
Como es profundo mi amor.
Inenarrable sosiego
Involucre tu ventura,
Y conserve tu hermosura,
Tu pureza y tu candor.

Yo no sé si mi fortuna
Dará premio a mis afanes,
Y mis ojos, cual imanes,
A tus ojos atraerán.
Noche tras noche pensando
En tan preciada quimera,
Mi mente, soñando, espera
Esos goces que vendrán.

CALIDA

Yo quiero verte hermosa, venir hacia mi lado
Tus labios palpitantes, brindando tu pasión;
Y quiero, estremecido, convulso, enagenado,
Sentir sobre mi pecho tu ardiente corazón.

Anhelo ver tu rostro rozarse con el mío,
Mis labios a tus labios, sedientos implorar,
Y, unidos tiernamente, que loco desvarío
Prolongue mucho tiempo su férvido besar.

Morder, ardiente, entonces, su púrpura divina,
Beber encarnizado tu aliento abrasador;
Sentir inmensa dicha al ver cómo se inclina
Tu cuerpo que se rinde al ruego tentador.

Yo quiero de tus ojos notar el extravío
Y ver cómo se cierran y cómo se abren ver;
Mirar cómo se acercan tu corazón y el mío
Y ver cual desfallecen ansiosos de placer.

Yo anhelo de tus brazos notar la contractura
Cuando su esfuerzo busca dos seres condensar,
Y que en mi rostro quede sangrante mordedura
que pueda de tus labios las ansias reflejar.

Yo quiero que el suspiro que brote vacilante
De tu rosada boca, resbale por mi sien;
Y muestre, displicente, tu fiebre delirante,
Tus mágicas delicias y tu gemir también.

Enloquecido quiero mirarte agonizante,
Con ojos extraviados, de lánguido mirar,
El rostro purpurino, el pecho palpitante,
Los brazos, ya sin fuerza, inertes reposar.

Más tarde yo pretendo me digan tus rubores
La fiebre que, traidora, tu mente alucinó;
Sentir que me reprochas mis besos tentadores
Y el fuego que con ellos tus ojos abrasó.

Y, luego, tiernamente, tus labios me confiesen
Momentos delirantes de goce arrobador.
Las ansias mil que nacen, se agitan y se acrecen
Y turban los sentidos y matan el candor.

Entonces ver tu rostro, que blanda, mansamente,
Sobre mi pecho busca tu sueño conciliar.
En tanto tus cabellos rebalsan suavemente
Sus rizos perfumados mi cuello al circundar.

Y ya dormida hacerte caricias inefables,
Muy tiernas, muy sutiles, que endulcen tu dormir;
Teniendo entre mis manos tus manos adorables,
Que tiernas se estremecen mis besos al sentir.

Por el sopor vencida mas bella contemplarte,
Mostrando en tus ojeras tu intensa postración.
Y velando tu sueño jurar el adorarte
Con ciega, indefinible, creciente devoción.

Me agrada que tu sueño perdure así, mi vida,
Durante muchas horas, sin brusco despertar;
Y en ese largo tiempo sentir la bendecida
Caricia de tu rostro mi pecho enagenar.

Deseara que despiertes, dichosa, alborozada,
Tus ojos prodigando su brillo angelical;
Y siempre cariñosa, amante, apasionada,
Me diera nuevos besos tu boca divinal.

Me gusta verte, luego, vestida, engalanada,
Echado sobre el rostro el velo encubridor,
Alegre te despidas, ligera, atolondrada,
Dejando a tu partida tu aroma evocador.

Yo quiero que en el mundo camines orgullosa,
Aunando las miradas tu paso tentador.
Y sigas sin rubores, sonriente, jubilosa,
Pletórica de encantos, imagen del amor.

Y anhelo nuevamente sentir acariciante
Tu aliento perfumado mi rostro deslizar.
Y estremecido anhelo, convúlso, desvariante,
Sobre tu níveo pecho rendido agonizar.

MIS VERSOS

Tarde llegaron mis versos.
Encuentran todo cambiado.
Siendo joven fueron hechos,
Se publican siendo anciano.

Justifica esa demora,
Algo frecuente en la vida:
Caramelos siempre logra
El que por dientes suspira.

Antes, sí, tal vez lograra,
Hoy ya sé lo que me espera:
Mirar mi esperanza ajada,
Mi ilusión volverse pena.

Antes plata no tenía
Con qué pagar a la imprenta,
Entonces quizá servían
Estos versos que me afrentan.

Hoy que miro más confiados
Los cobres antes matreros,
Contemplo que ya son raros
Mis versos. Huelen a muerto.

EN EL CAFE

Una mesa, cuatro vasos.
Otras mesas en redor.
Humareda en el espacio.
Algazara en el salón.

Cuatro seres que bostezan
Hablando sin ton ni fin,
Mientras beben su cerveza
O mastican su maní.

Pasan afuera los autos,
En su eterno desfilar,
Y los vespertinos diarios
Pregonan, con terco afán,
Los "canillitas' traviesos,
Que, con diabólico andar,
Salvan con mil gambetèos
Ese tráfico infernal.

Sentados en el café
Los cuatro números más,
Tras los cristales se ven
A la Avenida mirar.

Agotada la cerveza,
Sin tema el necio charlar,
Esos cuatro no se acuerdan
Cuán lejos queda su hogar.

Mostrando sus altos tacos
Y su impávido cimbrear,
La acera con pasos tardos
Midiendo una dama va.

Tras las sedas, sin recato,
Bailan pausado minué
Dos turgencias, que los cuatro
Pretenden, ansiosos, ver.

Todas las tardes lo mismo
En mi querida ciudad.
Seres en grupos reunidos
Sin saber por qué lo están.

Y, en el suburbio lejano,
Asoman en el portal,
Hijos y esposa mirando
Si llega el "viejo" a cenar.

IMITANDO A BECQUER

Volverán las perdidas ilusiones
El sueño de mis noches a turbar.
Y, otra vez, las ojeras del insomnio,
Mis ojos mostrarán.

Pero, los goces tiernos de esas tardes,
En que a solas soliamos hablar,
Y en las que tantas cosas nos juramos,
Esos no volverán.

Volverán las quimeras en mi vida
Sus ensueños dorados a forjar.
Y, otra vez, como antes, quizá más bella,
Mis ojos te verán.

Pero, aquellas caricias de tus labios
Que una tarde lograra arrebatar
Y me dieran su encanto delicioso,
Esas no volverán.

Volverán de otros hombres las promesas
Tu sosiego dulcísimo a quebrar,
Y tu alma, delicada y soñadora,
Dichosos robarán

Pero, llevar tu imagen en la mente
Sin dejarte un instante de adorar,
Y tenerte perenne en la memoria,
Así no te amarán.

EN EL HIPODROMO

Dicen que soy "carrerista".
Con tal dicho no me afectan.
Vive cada uno su vida
Sin rendir a nadie cuenta.

No debo nada al casero.
Doy lo que pide mi esposa.
Siempre eventuales conservo
Por si malos tiempos tocan.

Sí. Las carreras me agradan
Y me entusiasma Palermo
Cuando con pista liviana
Luce un domingo de invierno.

Contemplar la abigarrada
Bulliciosa concurrencia
En las tribunas colmadas,
Es mi dicha más completa.

Las "fijas" y "performances"
Que discuten y comentan
Los que muestran sus quilates
De entendidos y profetas.

Y la carrera corrida,
Ver las caras que se alargan
Cuando ni siquiera arrima
La potranca más jugada.

Ver perder los usureros,
Que juegan los favoritos,
Creyendo con pocos pesos
Hacerse mucho más ricos.

Recostarse a Leguisamo
Cuando las papas calientan,
Sobre un corcel extenuado
Que parece que se acuesta.

Ver la sonrisa fisgona
Que por su rostro desliza
Cuando una cabeza logra
En la colorada misma.

Ver correr un "Estadista"
Con ciento dos mil boletos,
Y, cuando se alzan las cintas,
Notar que se tira a "muerto".

Es gran placer para muchos
De los que van a Palermo,
Por vivir esos segundos
Y conservar su recuerdo.

Dicen que soy "carrerista".
Lo fuí. Lo soy. Lo seré
Mientras corran "Estadistas"
Que terminen no placé.

TUS OJOS (letra de vals)

Fuego divino
Tienen tus ojos,
Y es tu mirada
Cual un imán.
Mirarse en ellos
Es adorarte
¡Tanto fascinan
Con su mirar!

Paseabas anoche
Alegre y dichosa
La senda florida
De agreste jardín.
Palabras te dije
Ardientes, sonoras,
Promesas sagradas
De amores sin fin.

Sonriendo quisiste
Sondear mi ternura.
—¿Qué cosas me prueban
Tu tierna pasión?
—Dichoso morirme
Si amante me entregas
Tu fiel corazón.

Alegre yo vivo
Del mundo olvidado;
No tengo riquezas,
Me basta tu amor.
Y miro en tus ojos
Tesoro muy raro
Que nadie pudiera
Tenerlo mejor.

Desprecio del mundo
Las vanas quimeras,
El falso oropel.
Y sólo quisiera,
Mirando tus ojos,
Me dieran dichosos
Tus labios su miel.

CONSEJO

De planta en planta vaga caprichosa
Mostrando su amalgama de colores,
Mientras gusta el perfume de las flores
Avida la voluble mariposa.

Agita sus alas tornasoladas
El ritmo presuroso de su vuelo,
Y, en el febril delirio de su anhelo,
No cesa en sus carreras alocadas.

Ora es al cáliz del jazmín que acude
Y prueba de su pólen la ambrosía,
Ora al clavel elige su porfía
Y sus purpureos pétalos sacude.

Al más leve rumor estremecida
Emprende raudo vuelo, temerosa,
Y en la tibia corola de una rosa
Sepulta sus colores. escondida.

De algún niño la plácida mirada
Ha seguido a la pobre mariposa,
Y en sus manos pequeñas ve, medrosa,
Agostarse sus ansias la cuitada.

Tal padecen bellísimas mujeres,
Que, cumplidas sus veinte primaveras,
Deliran soñadoras, placenteras,
Con incógnitos lujos y placeres.

Y, más tarde, sus yerros lamentando,
Marchitan su ternura imponderable
Sedientas de un idilio irrealizable
Que persiguen, románticas, soñando.

Oye, niña. Si acaso perseveras
En el amor modesto de tu infancia,
Obtendrás como premio a tu constancia
Ser feliz con el ser a quien esperas.

A MARIA A. P.

¿Recuerdas un crepúsculo de Enero
En que el aura acariciante nos traía
Los últimos rumores de ese día
Cuya muerte mirábamos llegar?
En apacible calma la ribera
Sus gratos esplendores nos mostraba
Y nuestros oídos suave acariciaba
El murmullo cadencioso del mar.

Paseábamos hollando las arenas
Que en reflujo la marea descubría.
El vaivén de las olas parecía
En su seno querernos arrastrar.
Tus ojos en el cielo descifraban
Aquellas las estrellas, que, visibles
Primero se mostraban, y movibles
Semejaban al grato titilar.

—¡Qué bello debe ser en veloz barca
Del mar cruzar la extensión dormida
Y disfrutar los goces de la vida
Entre mar y cielo solos los dos !—.
Al hablarme tus ojos me miraban
Impregnados de férvida ternura,
Derramada en tu rostro esa hermosura
Que trasuntan los ángeles de Dios.

—No, mi bien — te dije — pues, esas aguas
Que contemplas tan mansas, bonancibles,
Encierran en su seno ansias horribles
Que agigantan furioso el vendaval.
De la mundana vida copia exacta
Tienen ellas sus horas de sosiego
Poco durable, porque viene luego
La marejada de ímpetu brutal.

Así te hablé. Luego, apasionado,
Circundando tu talle con delicia
Imploré de tus labios la caricia.
Te vi desfalleciente de emoción.
La luna su faz pálida mostraba
Subiendo en el Oriente misterioso,
Mientras Sirio asomaba esplendoroso
Con su soberbia azul irradiación.

¿Qué se han hecho esas horas deliciosas
En que mi alma repleta de ventura,
Olvidaba del mundo la amargura
Creyendo que su dicha era inmortal?
Yo no sé. Ya se han ido. Ya están lejos.
Ellas viven tan sólo en mi memoria.
De mi vida esa etapa transitoria
De dulzura, nunca tuvo otra igual.

NEUTRALIDAD

Empeñados en lucha obsesionante
En Europa, un contagio peligroso,
A través del océano proceloso,
Involucra esa fobia batallante.

Y, en su ciego entusiasmo delirante,
Cualquier hombre se muestra valeroso
Y se siente, en su ensueño belicoso,
Un nuevo Napoleón alucinante.

Y yo que, en mi sopor, feliz vivía
Sin acordarme, acaso, de la guerra;
Y tranquilo y dichoso me sentía.
Contemplo de improviso, que, en mi tierra,
Ser neutral significa cobardía.
¡Tanta locura la pasión encierra!

EN TU POSTAL

Pintada en tu postal viene una rosa
Que ostenta su botón no desgarrado.
De tu alma virginal y candorosa
Como cabal imagen la he mirado.

Si viendo ese capullo primoroso
El rubor tu semblante coloreara,
Recuerda que trasunto más hermoso
De tu rostro, ningún pincel trazara.

Consérvala en oculto cofrecito.
De manera que el tiempo no la ultraje.
Y en tu breve camino al infinito
Sea siempre consejera de tu viaje.

DIVAGANDO...

Frágil barca que al amparo
De suave brisa navegas,
Y que, confiada, te entregas
A las caricias del mar.
Quiera el cielo que esas olas,
Que van pasando dormidas,
No vuelvan enfurecidas
Tu grato viaje a turbar.

Hombre que vas por el mundo
Tras la dicha acariciada,
Esa esperanza soñada
En ardiente meditar.
Ten cuidado. Que tus ojos
Estudien bien tu sendero,
Y que dure el placentero
Encanto de tu soñar.

Si al mirar ensimismado
Su bello y casto semblante
El amor en un instante
Mi corazón invadió.
Si al penetrar de sus ojos
La intensísima ternura
Bendije yo su hermosura
¿Fuí, acaso, culpable yo?

Si de su bella garganta
La blancura deleitóme,
Si de su boca admiróme
El magnífico coral.
Si el cimbrear de su cintura
En su marcha majestuosa
Parecióme el de una diosa,
¿Fuí, también, culpable yo?

Blanca visión que en mis sueños
Tenazmente apareciera
Y la compañera fuera
De mis insomnios también.
Confié en ella mi esperanza.
Juré amarla eternamente.
Pero la vida inclemente
Hurtó mi dicha y mi bien.

Grata memoria que guarda
Cuidadosa el alma mía;
Sutil perfume que, un día
Inolvidable, aspiré.
Fugaces horas que fueron
De mi juventud encanto,
Las he llorado ya tanto
Que mi rostro laceré.

SIRIO

Anoche, ya en el lecho, reposando
De la ruda fagina de ese día,
Inquieto mi cerebro todavía
Los tiempos de la infancia revivió.
Por la abierta ventana de mi cuarto
El estrellado cielo contemplaba.
Y en ese cielo ansioso te buscaba,
Y, por fin, mi mirada te encontró.

En el sud los Centauros titilaban.
Por encima la Cruz aparecía.
Más arriba Canopus ofrecía
Con brillo inusitado su fulgor.
Y, cual sultán rodeado de sus damas,
Con un azul de divina pureza
Ostentabas ¡oh Sirio! tu grandeza
En aquel cielo lleno de esplendor.

Así te viera en tiempos de mi infancia
Orgulloso mostrar tu galanura,
En las horas contadas de ventura
Que de niño lograra disfrutar.
Y te viera sin brillo, obscurecido,
En mis largas y tétricas veladas
Cuando muchas penas inesperadas
Vi, sin piedad, mi vida desgarrar.

Y ciertas noches de dolor profundo
En que sumido en desgarrante duelo
Miré al cielo con ansias de consuelo
En vano te busqué. ¡No estabas tú!
Tal vez el fragmento de alguna nube
Encubriera tu mágica presencia
Y quitara a mi mísera existencia
La inefable caricia de tu luz.

Desde entonces, tenaz supersticioso,
Espero siempre ávido tu consejo.
Y de tu brillo mi alma es un reflejo.
Dichosa vive si te ve brillar.
Pero, en las noches tristes en que faltas,
Y en que aparece el cielo desolado,
Mi pobre corazón desesperado
Presiente alguna pena que llorar.

SAN LORENZO

Besa su escarpadura la mansa correntada
Que de sus dulces aguas al Plata da el caudal
Del norte descendiendo en curva enmarañada
El Paraná precioso de encanto sin igual.

Erguido sobre el río, con majestad divina,
Su recio acantilado ostenta seductor,
Y, arriba, en la barranca, de encanto peregrina,
Se muestra San Lorenzo, soberbio, tentador.

De lo alto, culebreando, descienden escabrosos
Senderos pintorescos, bordeados sin cesar
Por límpidos chorrillos, que, en giros majestuosos,
Sus aguas cristalinas al río van a dar.

Y puede la mirada, grata, acariciante,
Vegetación inmensa doquiera divisar,
Como también árboles de copa rozagante
Que semejan gentiles las nubes saludar.

En éxtasis sumido, meditación hermosa
Embarga a mi cerebro si lo veo aparecer
Desde ligera barca, que asciende rumorosa
Del Paraná frontero las aguas al romper.

Y, entonces, recordando de la Argentina historia
Los triunfos que, grandiosos, nos dieron libertad,
Contemplo estremecido que, imagen de una gloria,
Un pino se divisa doblado por la edad.

En santo monasterio su tronco soberano
Frescura deliciosa brindara con amor;
Su parte de victoria, con tremulante mano,
San Martín escribió allí cubierto de sudor.

¡Qué sensación sagrada invade al argentino
Mirando a San Lorenzo el Paraná bordear!
¡El corazón se expande con júbilo divino
Y siente de la Patria las glorias desfilar!

REMORDIMIENTO

He visto, al despertar, las golondrinas
Juguetear junto al pie de mi ventana,
Anunciaban dichosas, peregrinas,
El alegre venir de la mañana.

Mil distintos sonidos ya poblaban
El ambiente del huerto florecido.
Batallones de seres se agitaban
En un ir y venir enloquecido.

Entre todos, discreta mariposa
Atrajo vehementes mis miradas.
De su vuelo en la curva caprichosa
Ostentaba sus galas delicadas.

Un no sé qué de ardiente devaneo
Encerraban sus giros presurosos,
Esclava atormentada del deseo
De libar mil néctares deliciosos.

Cesando el mecanismo de su vuelo
En las blancas corolas de un junquillo,
Saciaba golosísima su anhelo
Con el sabroso pólen amarillo.

Al mirarla y comprenderla, algo intenso
Apretó mi corazón, bruscamente.
Cohibido quedé. Quedé suspenso,
Evocando el pasado, amargamente.

¿A qué rememorar los desvaríos,
Las lloradas quimeras de dos vidas?
¡Siempre quedan en viejos amoríos
Muy mal cicatrizadas las heridas!

Yo giré también cual la mariposa
En torno de placeres codiciados.
Y libé la ambrosía primorosa
Que donaban mil goces delicados.

Y vagué por jardines encantados
Donde exquisitas plantas florecían.
Do el clavel y el junquillo entrelazados
Sus incógnitas ansias confundían.

Mas, de pronto, brutal, súbitamente,
Solo, entre espesas sombras, me miré.
De aquel goce pretérito y esplendente
Tan sólo mil nostalgias conservé.

El mar, su playa, el cielo, sus estrellas,
Ya no muestran a mis ojos primor.
Sus delicias tan gratas y tan bellas
Enconan crudamente mi dolor.

Hondas dudas, amargas añoranzas
Impregnan mi cerebro de tristezas.
Y muertas mis postreras esperanzas
Invaden a mi mente mil flaquezas.

¡Dichosa el ave si es que no medita.
Y del dolor las huellas no conserva!
¡Por los aires su cuerpecillo agita
Y del mundo si quiere se reserva!

¡Feliz de ti, voluble mariposa,
Si tu vida no arraiga pensamiento!
¡Libas el grato pólen, codiciosa,
Y no sientes, después, remordimiento!

A MI PADRE

Tu eres niño, ángel venido
De las regiones del cielo,
Que, con un ligero vuelo,
Cruzaste la inmensidad.
Tienes el alma divina,
Que estando allí poseías,
Cuando tiernas melodías
A Dios solías entonar.

Recuerda que una misión
Has traído, y que, cumplida,
Dejarás, niño, esta vida
Y al cielo te volverás.
Cúmplela con entereza,
Con infinita ternura,
Y sea tu vida tan pura
Como es sagrado tu hogar.

Eran esos tus versos, padre mío,
Que de niño me hicieras recitar.
¡Cuánto calor hay en ellos, cuánto frío
En esa tumba en que tu cuerpo está!

Tu cuerpo, lozano y fuerte, mostraba
Lo que puede una vida de virtud.
Quien te conocía te admiraba.
¡Eras modelo de hombres nobles, tú!

La parca inexorable te seguía
Con su guadaña fatídica y letal.
¡Hacía tanto tiempo que quería
Quebrar tu recta vida sin ziszás!

Recuerdo aquella noche en que moriste
Sin dejarme un instante de mirar.
¡Cuánto amor a tus ojos infundiste
Cuántas cosas dijéronme además!

Herencia de nobleza me dejaste.
Trazado el derrotero por seguir.
Llevar la frente limpia me enseñaste.
Pierde cuidado. La llevaré así.

"MURO DE AMOR..."

Buena. Pura. Sus veinte primaveras
Hasta ayer florecieron sin heridas.
La vida, con sus bruscas sacudidas
Consumió esas horas placenteras.

Romántica. En su éxtasis ansiaba
Sólo libar del mundo la dulzura,
Creyendo que en la vida la ventura
Es bien imponderable que no acaba.

Un amor apasionado encendía
Mil risueñas quimeras en su mente.
En la casta pureza de su frente
La ilusión sus ensueños escondía.

¿Por qué huíste tesoro
De mil visiones bellas
Y sola me dejaste
Muriéndome de amor?
¿Los gratos juramentos
Las fútiles querellas
Se han ido para siempre
Y olvidan mi dolor?

El era de mi vida
Seráfico hechicero
Que sitios me enseñara
Cuajados de esplendor.
En donde me jurara
Con fe de caballero
Quererme eternamente
Con infinito amor.

Arroyos murmurantes
Con aguas cristalinas
Copiaran de mi rostro
Serena la expresión,
En tardes de verano
Magníficas, divinas,
En tardes que se fueran
Repletas de ilusión.

En tardes que paseando
Con él, a la ventura,
La dicha imaginaba
No debe fenecer.
En tardes que sus ojos
Me daban su ternura
Su brazo soportando
Mi vacilante ser.

Silvestres amapolas
El suelo tapizaban,
Los nardos olorosos
Mostraban su blancor.
Y en el espacio, alegres,
Sus trinos modulaban
Las tiernas golondrinas
En grupo encantador.

El cielo su pureza
Cuán límpida mostraba,
Qué gratas las caricias
Que el aura nos donó.
Qué mágica ambrosía
Su boca destilaba
Cuando su ardiente beso
Mi boca comprimió.

Cuando, desfalleciente,
Su abrazo vigoroso
Sobre su fuerte pecho
Mi pecho condensó.
Y, luego, desvariante,
Sentí que, deleitoso,
El fuego de su aliento,
Mis párpados cerró.

¡Qué horas esas bellas!
Pasaron presurosas
Dejándome recuerdos
Tan llenos de pasión...
Y acaso sus nostalgias
Alivien cariñosas
De mis amores muertos
La triste evocación.

¿Por qué huíste tesoro
De mil visiones gratas
Y sola me dejaste
Muriéndome de amor?
¿No sabes, mi querido,
Que, sin piedad, me matas,
Y busco sin hallarlo
Causal de tu rigor?

Así dirige al cielo, entristecida,
Sus amargas quejas, la dolorida,
Sus tormentos de amor.
Y se muestra en su rostro demacrado
Las huellas de su llanto derramado
Profuso, abrasador.

Y vaga solitaria, y estremece
La pena que en sus ojos languidece,
Su lánguida expresión.
En tardes de verano, seductoras,
Al surgir en su mente evocadoras
Las horas de pasión.

Algún limpio arroyuelo en su corriente
Le regala murmurio reverente,
Espejo encantador.
Mas, si su imagen ve reproducida
Arrojando ella un grito, enloquecida,
Se aparta con horror.

Recuerda que una tarde semejante
Mirara su belleza deslumbrante
Las ondas reflejar.
Y, al lado de su rostro, el rostro amado
Inclinarse dichoso, enajenado,
Y sus sienes besar.

Nuevamente prosigue su camino
Víctima desgarrante del destino
Que sin piedad la hirió.

Y sus ojos inquieren angustiosos
En lugares desiertos, silenciosos,
Si su amado volvió.

Su recuerdo perdura todavía
En el pueblo en que tierno florecía
Su mágico candor.

Y su tumba vigila cuidadosa
Una cruz de luciente palo rosa
Que eterniza su amor.

INDICE

Mi acorazado 5
Declinando 9
Brindis 17
"Azucena" 27
Claudicando 39
Ensueño 40
Amelia 43
En el mar 44
El vals 45
El cabaret 46
Añoranza 47
Apasionadamente 51
Cálida 54
Mis versos 58
En el café 59
Imitando a Becquer 61
En el hipódromo 63
Tus ojos (letra de vals) 66
Consejo 68
A María A. P. 70
Neutralidad 73
En tu postal 74
Divagando 75
Sirio 78
San Lorenzo 80
Remordimiento 82
A mí padre 85
"Muro de Amor" 87

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028289290